

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## CARTA DE BARCELONA

### De Carmen Miranda a Pascoaes

Hace no mucho fui a la Feria del Libro de Braga en Portugal y, en un descuido de los organizadores, me escapé y visité la aldea en que nació Carmen Miranda. Me llevaron hasta allí en coche unos amigos. La aldea ahora ya es un pueblo y entre otras sutilezas presume de tener una iglesia del arquitecto comunista Álvaro Siza. No tenía yo ni idea de que Carmen Miranda, que tan atrapado y fascinado me tuvo en mi juventud cuando vi en París *Banana Split*, había nacido en la aldea de Marco de Canavases y emigró de niña con sus padres al Brasil y de ahí viajó al firmamento de Hollywood.

Visité el pueblo, quise ver como un homenaje a la estrella de *Banana Split* que en su mercado dominical hubiera muchos puestos de venta de plátanos y,

cuando ya creía que regresábamos a Braga, descubrí que para mis amigos el verdadero objetivo del viaje, más allá de Carmen Miranda, estaba en la cercana Amarante, donde se encuentra la finca rural en la que nació, vivió y murió un paisano de Carmen Miranda: el gran poeta Teixeira de Pascoaes (1877-1952), para muchos el mejor poeta portugués del siglo.

¿No habíamos quedado en que Pessoa era el mejor poeta portugués del siglo? Pues sobre gustos, como siempre, no hay nada escrito. A mí Pessoa me entusiasma pero juzgo exagerado que se ningunee al gran Pascoaes sólo porque en los años cuarenta decidieron resucitar a Pessoa y Sá Carneiro en Portugal y producir la mayor sombra posible sobre la obra de Pascoaes y la *Renascença* que él capitaneó.

Pero —como dice Mario Cesariny— la sombra primera es la del dictador Salazar, al que le habrían convenido —esto lo digo yo— unas nupcias con Marilyn Monroe, por ejemplo. Dice Cesariny:

Se diría que Pessoa y sus personas y sus heterónimos eran cosa literaria, fingimiento, suplantación del yo no soy yo ni soy el otro, del “Ser o no ser...” En fin, con la resurrección de Pessoa y compañía dejaron de plantearse cuestiones literariamente interesantes. Pascoaes afirmaba frente a Salazar la independencia de la literatura, lo que es bueno y bonito y le lleva a uno a inclinarse hacia la Literatura Pura. El juego puro. Eso está lejos de los que querían que un poema fuera un derrocamiento del espíritu.

Es verdad. Me gusta mucho Pessoa pero es cierto que, si uno lo piensa bien, es una verdadera pesadez todo eso de que si soy yo y ahora no lo soy, pero soy yo y no lo soy...

Fundador del “saudosismo” y autor de obras magistrales como *San Pablo*, *Napoleón* o *Regreso al paraíso*, traducidas en los años treinta a muchas lenguas (al holandés y al alemán por su amigo el gran poeta Albert Vigoleis Thelen), obras cuyo interés renace de nuevo en Europa, donde vuelve a traducirse, el gran Pascoaes fue un aficionado a un género que hoy es de una belleza triste y anticuada —la escritura de cartas— y que a él le ayudaba a mantenerse en contacto desde su aislamiento de Amarante con lectores y escritores amigos.

Debo decir que su casa no es hoy un museo, sino un hogar habitado por Maria Amelia, la cordial sobrina del escritor, que vive allí con sus hijos y nietos y abre el lugar sólo para los amigos. Entrar en la casa es como viajar de las alegrías tropicales de Carmen Miranda a la tristeza granítica de Pascoaes. Todo en la casa sigue igual a como quedó hace medio siglo a la muerte del escritor. Impresiona ver el sombrío gabinete de estudio, la ventana —“me acuerdo de la finca y su ventana... ¡Y que Dios se acuerde por siempre de nosotros!”—, le escribe Unamuno a Pascoaes tras visitar la casa—, la terraza abierta a la Sierra de Marao, la biblioteca intacta, el escritorio y la austera cama diseñadas por él, la fotografía africana del hermano aventure-

ro (que escribió un extraño libro, *Memorias de un cazador de elefantes*), el jardín con la llamada “fuente del silencio” (donde grababa los nombres de sus visitantes ilustres y que, efectivamente, se ha quedado muda con la muerte de todos), e impresiona muy especialmente la mínima estancia acristalada –algo así como un invernadero humano en el jardín–, donde Pascoaes, trágico y raro, se dedicaba a escribir en los días de tempestad.

Y también causa impresión –aunque están debidamente fotocopiadas en Lisboa– encontrar al alcance de la mano del visitante, almacenadas en cajas junto a la cama, las cartas que le enviaran Lorca, D’Ors, Raúl Brandao, Unamuno y tantos otros, muchos catalanes entre ellos, algunos de cuyos nombres, en un arrebatado de melancolía y por gentileza de María Amelia, anoté para hacer aún más grande y trágica esa fuente del silencio y del olvido que viaja siempre con el tiempo y las visitas: Josep María Capdevila, Matilde Mathieu de Maristany, Miquel Lladó, Enrique Ráfols (de la Sociedad Catalana de Heráldica), Ignasi Ribera y Rovira...

¿Quiénes eran todos esos catalanes que le escribían? ¿Y qué vida llevaron? La “fuente del silencio” ha acabado siendo también una fuente del olvido. Yo pensé en esto cuando al caer la tarde dejamos atrás Amarante y en la música del coche comenzó a sonar, también melancólico, John Cale, con su famoso estribillo: “¿Os acordáis de Carmen Miranda, os acordáis?”

Yo pensé que también de Carmen Miranda se había ido perdiendo la memoria y que también su recuerdo un día desaparecería de este mundo como ha desaparecido ya la memoria de todos aquellos catalanes que le escribían a Pascoaes a Amarante para hacerle partícipe de penas y alegrías que el tiempo ha borrado y que el tiempo barre como el viento barre las hojas de alrededor de la “fuente del silencio”, hoy callada para siempre.

Con *The Soul of Carmen Miranda* fui dejando que la nostalgia de lo no vivido –después de todo estábamos en Portugal– fuera apoderándose de mis recuer-

dos. Y pronto Amarante, las cartas de Lorca y Unamuno, la biblioteca intacta y la estancia acristalada para escribir con las tempestades fueron quedando atrás.

Ahora queda ya sólo el recuerdo de la lejana Amarante y comparar de vez en cuando versos de Pessoa con los de Pascoaes. Un puro juego literario. Pessoa con su quién soy y yo soy otro. Pascoaes escuchando al viento y escribiendo en las noches de tempestad sobre la Sierra de Marao.

Amarante, tan llena ella también de recuerdos de quienes ya no pueden recordar que allí, en otro tiempo, se vivió para el recuerdo. Y que Dios se acuerde por siempre de nosotros, como quería Unamuno. O no. Después de todo, el viento sólo habla del viento. Y John Cale sólo habla de Carmen Miranda; nos pregunta obsesivamente, en su *soul*, si nos acordamos de ella. Yo hago la misma pregunta referida a Pascoaes y escucho al viento que pasa y que ya pasó antes y que me habla de memorias y saudades y me dice que mañana piensa volver a pasar. –

— ENRIQUE VILA-MATAS

## Gestas de la perdición

Leo en *El tiempo* de Bogotá la noticia de las muertes de Jaime Sabines (1926-1999) y de José Agustín Goytisolo (1928-1999), poetas de personalidad distinta pero a pesar par. Más allá del prosaísmo y de una cierta hospitalidad a la vulgaridad humana, que ambos arrancan de una similar mitología, al *miles gloriosus* que canta la fábula de sus hazañas, su hazañoso y honroso itinerario, Sabines y Goytisolo oponen la mitología del *miles fracasus*: el folclor y liturgia de las propias derrotas lanzan himnos a la tristeza y al desencanto, se burlan aunque quede el burlador burlado. Si el soldado que exalta sus hechos es vanidoso y carece de sentido del humor, el soldado perdido entona con ironía musical y humanística nostalgia las gestas de su perdición, y su vía crucis es una comedia profana salvada

por el buen humor del cantor que va componiendo la gesta del cantor perdido y de los perdidos. No es casual entonces que la muerte, el crimen, la enfermedad, el sufrimiento y la contrahchura en general sean las materias primas preferidas de su ironía.

La cosa viene de lejos. Se podría remontar acaso a Villon y en castellano a Quevedo. Tampoco es un azar que J. A. Goytisolo y Sabines hayan prosperado en líneas paralelas en sus respectivas ciudades. Ante el ejército de los autosatisfechos y autoabombados se yerguen



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Alan Espinosa.

los desertores de la vanidad que han decidido acompañar a los escuadrones en calidad de juplares, es decir de médicos.

Entre el soldado que se vanagloria de sus triunfos y el que ensalza sus derrotas no hay en el fondo mucha diferencia, salvo si por las derrotas en cuestión el poeta se mortifica para los demás, los cura en la salud de su confesada, inconfesable enfermedad. –

— ADOLFO CASTAÑÓN

## Jaime Sabines (1926-1999): a la poesía y al diablo

Al husmear en la obra de Jaime Sabines, los lectores de lupa intertextual, los fisgones de cuenta minuciosa delatan inconsistencias formales, antiintelectualismo a ultranza, sobre dosis sentimental. A esto,

los devotos de la intensidad oponen una hilera de virtudes: sencillez, irreverencia, desenfado. Pero la poesía de Sabines no se deja tratar así. Para entender a este poeta mayor de nuestra lengua es de veras inútil colocar, en la balanza de los juicios terminantes, su desaliño supuesto, de un lado, y del otro la pureza inobjetable de su energía verbal. A un mismo tiempo desbordada y justa, su obra es como un caldo sustancioso coci-



nado con los ingredientes más diversos. En un mismo poema caben piedras, cigarros, una varita seca, un zapato. Entran sapos y arcángeles, monjas desparradas, voces tiernas y oscuras. Versos largos y cortos ocupan su lugar sin estorbarse; llegan endecasílabos perfectos de la mano de algunos paticojos que reclaman su sitio en el puchero; vienen compases de bolero y palabras hostiles que muerden al lector embelesado.

Para Sabines, la escritura poética es incompatible con las ideas de pulimento y esmero, porque piensa que la unidad de un poema no es de orden material. No hay gran poesía sin gran técnica, nos dice, pero enseguida aclara que toda retórica debe estar subordinada al arte de vivir. A lo largo de su obra insiste en que la inspiración le viene de quedarse quieto, de observar todas las cosas y dejarlas crecer en su interior hasta ser excedido por su peso. Entonces, todo lo que le sucede de un modo

común y corriente vuelve a pasar en el poema con un ritmo lleno de sentido.

La poesía de Sabines alcanza la vida en “esa recóndita sencillez de lo simultáneo”. Esto *no es* como aquello; esto es esto, más esto, más esto... El poeta es mujer que viene del mandado, niño que va a la escuela con la libreta sin tarea, viajero que no puede abandonar la ciudad a la que llegó de paso. Sabines odia con ternura. Se declara derrotado y al mismo tiempo enarbola el gozo como una protesta. Asume su ruina, afirma que todo es pesadumbre, pero vuelve al pie del día a redimirse llevado de la mano de una madre estelar. Sabe que su oficio exige renunciar a la costumbre y se pone a escribir los dictados de su época, consciente de servir a la poesía y al diablo:

¿Qué puedo hacer en este remolino  
de imbéciles de buena voluntad?  
¿Qué puedo hacer con inteligentes  
podridos  
y con dulces niñas que no quieren  
hombres  
sino poesía?  
[...]

¿Qué putas puedo hacer, Tarumba,  
si no soy santo, ni héroe, ni bandido,  
ni adorador del arte,  
ni boticario,  
ni rebelde?

¿Qué puedo hacer si puedo hacerlo  
todo  
y no tengo ganas sino de mirar  
y mirar?

Este quedarse quieto propiciatorio nada tiene que ver con la inmovilidad: significa esperar, crecer en el suspenso del silencio. Para combatir el desaliento, Sabines avanza hacia el encuentro con lo cotidiano. Mientras, oye pasar al tiempo. De cara a la muerte, extrae de la orfandad y el desarraigo el agua limpia de la vida. Y aunque a veces nos hace pensar que escribe abandonado al dolor, su poesía es un empeño sostenido de darle carne a la esperanza.

Como pocos poetas, Sabines se ha propuesto ser fiel a sus hallazgos, que son los del peatón que camina con los ojos bien abiertos para no ser atropella-

do, los del hombre que es hijo, padre, marido, y trabaja como otro cualquiera. Soñar y mirar son para él una misma cosa. Tiene sueño de vivir. En su mundo todas las cosas, incluso Dios, el alma o la muerte, poseen la concreción del polvo, la cama, el cepillo de dientes. Y como sólo la vida existe, le duele el alma como el estómago. Sin leche, sin azúcar, sin frijoles, los muertos no pueden morir: trabajan en sus tumbas inventando lentamente sus desechos. La respiración de los bueyes, el temblor de las plantas y la velocidad de los arroyos son el vaho de Dios. Cuando el poeta se cansa de arreglarlo todo, cuando parece asumir que es imposible que un pez cante como un pájaro, llega Dios, le tiende una toalla y le sonrío. Ese Dios de Sabines, que no sabe nada del más allá y entiende mucho del misterio. Un Dios para tutearlo, para insultarlo por no estar aquí, para conversar con él ante un altar lleno de viandas, retratos y aguardiente. Un vacío lleno de promesas, invocado, conjurado:

Por subterráneos andamos,  
buscándonos,  
llamándonos,  
igual que dos amigos perdidos.  
Inextricable estás,  
madeja de sombra, raíz oscura,  
oscura,  
nido de sirenas.

[...]  
Dios, hermano, lo que no sé,  
lo que no quiero, viejo porvenir.  
Estoy desmantelado, aguardándote,  
y siento tus pasos sobre mi pecho,  
crujiendo como sobre un piso de  
maderas podridas.  
Vacío y viejo, y con miedo y  
con odio,  
en mi soledad te acecha mi amor  
para atraparte, vivo, como a un  
pájaro.

Enfrentada a la realidad más acuciante, esta poesía lleva sus dudas a un punto de máxima zozobra, para luego desembocar en reflexiones de una inteligencia originaria: “...la vida es la sed y el agua”. Sabines ha templado su instinto

bárbaro con dosis oportunas de sabiduría y desconfianza. Su obra supera sus riesgos gracias a estas constantes *intercesiones* de humor y rigurosa ciencia: “Los borrachos que gritan no duran mucho”.

En nuestros días, en México, no hay un poeta más popular que Jaime Sabines. Una popularidad engañosa: su obra se conoce muy parcialmente, en buena medida porque sus “admiradores” no lo leen y sólo acuden al *Recuento de poemas* para buscar los versos consabidos, los que se publican en periódicos, revistas y panfletos, se reescriben en las bardas, se citan en los bares y en las fiestas: “Los amorosos nunca duermen...” Pero quienes de veras lo leen siguen siendo unos cuantos.

Aunque sus poemas nos hablan a menudo de su aversión por la fama, Sabines rehúye la imagen del poeta que se desvela en una torre lejana. Tiembla de veras al pensar que su oficio pudiera separarlo del resto de la tribu. Y entonces exagera sus peores notas: el tono chillón, el acento profético. Otras veces, se avergüenza hasta la médula de no estar callado sólo por no tener “el pudor necesario del silencio”. Escribe porque ya estaba dicho que había de comer su piedra “con el sudor del corazón”, pero sabe que el amor, el dolor o el miedo apenas pueden decirse, que se muerden como un pan. Su fuerza nace y termina en un saber muy sencillo: que lo verdaderamente extraordinario, lo monstruosamente anormal, “es esta breve cosa que llamamos vida”. —

— EDUARDO HURTADO

## Guerra en Yugoslavia

Es un indicio significativo de la empatía o trueque de atributos entre fascismo y bolchevismo que los únicos defensores de Milosevic, en Copilco o Moscú, sean los antiguos comunistas, trotskistas o estalinistas. En la prensa mexicana, el caso más escandaloso lo protagonizó un antiguo trotskista, Guillermo Almeyra, cuyas delirantes soflamas antiimperialistas, destinadas a justificar al asesino de los

Balcanes, causaron escándalo hasta en sus compañeros articulistas de *La Jornada*. En opinión de este endemoniado, el Gran Capital Internacional, a través de su brazo armado, la OTAN, vulnera la autodeterminación de los pueblos al bombardear los

objetivos militares serbios. Los Estados Unidos son y serán siempre el Imperio del Mal. Estas personas creen que la Rusia mafiosa de Yeltsin o la dictadura serbia son herederas, por derecho de sangre, de la llorada Unión Soviética y de su internacionalismo proletario. De haber sabido que los comunistas eran solamente esclavófilos vergonzantes el siglo se hubiera ahorrado mucha sangre y mucha tinta. Es inútil recordarle a nuestros antineoliberales, antes antiimperialistas, que fue la intervención de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial lo que nos salvó (supongo que a los trotskistas también) de Hitler, y gracias a las libertades democráticas ganadas por el pueblo estadounidense, la Comisión Dewey pudo reunirse para denunciar, en los años treinta y bajo la autoridad moral de Trotski, los crímenes de Stalin. No en balde Milosevic fue comunista, no en balde algunos de sus corifeos son o fueron leninistas. Ernst Röhm, el jefe de las SA asesinado por Hitler por ser demasiado radical, ha cumplido póstumamente su sueño ideológico: el nacional-bolchevismo (*nacionalismo más socialismo*, la raza superior junto a los trabajadores) tiene en Milosevic a su profeta. No en balde Trotski le dejó preparados a Stalin los campos de concentración.

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL



## ¿Será mejor el Zócalo del 2000?

Desde estas páginas cuestionábamos la necesidad de un concurso para la remodelación del Zócalo, como a nivel doméstico uno podría cuestionar la prioridad de pintar el patio o rentar una moto antes de comprar un refrigerador. Proponemos ahora dar una vuelta por la exposición de los proyectos finalistas del concurso para el Zócalo, que tuvo lugar en el Museo de Arquitectura del

Palacio de Bellas Artes.

Quince proyectos seleccionados, entre los 180 presentados, por José Luis Cuevas, Andrés Lira, José Luis Martínez, y los arquitectos Carlos Ortega, Félix Sánchez y Eduardo Terrazas, pasaron a la final. El jurado, reunido en los últimos días de marzo, se complementó con Manuel DaCosta-Lobo, Fumihiko Maki y Rogelio Salmona.

Excluyendo algunas propuestas —con fuentes surtidores, pirámides de cristal sobre el Templo Mayor y esquemáticos dibujos sobre el pavimento— que cuesta entender qué virtudes tuvieron para llegar a finalistas, se detectan algunas preguntas y respuestas comunes entre los participantes de esta última etapa. Quedará por saber si estas coincidencias proceden de unas bases de concurso que inducían a la mesura, o de las preferencias del primer jurado. Como preveíamos, los concursantes han vertido prudentemente sus ideas sobre este maravilloso vacío urbano, *inundándolo, plantando árboles —jacarandas—, ballando sus ejes y enfatizando su carga simbólica...*

Prácticamente todas las composiciones, más que propuestas o estrategias, restringen o anulan la circulación vial delante de Catedral y Palacio Nacional, canalizando la circulación procedente de la Avenida 20 de Noviembre por el lado derecho hasta la calle 5 de Mayo. En algunos casos, Madero se peatonaliza antes de llegar a la plaza.

Casi todos compartimentan la intervención, bien sea con una doble franja arbolada al poniente o parcializando el frente de los lados de Catedral.

El recurso obvio y casi siempre inútil de “dibujar” en planta un nuevo pavimento haciendo gala de composiciones geométricas espirales, áureas o reticulares está presente en buena parte de los proyectos. Eventualmente unos postes de iluminación, esferas, columnas o astas rigidizan la retícula de la plancha pavimentada en un banal intento por reordenar. Algunas propuestas alteran la horizontalidad de la placa pavimentada continua actual o inventan topografías arbitrarias.

La relación con el Templo Mayor genera dos posiciones antagónicas: unos apuestan por la continuidad del plano de fachada existente y cubren o corrigen unas ruinas que no debieron perder su condición subterránea; otros abren los valiosos restos arqueológicos a la plaza lateral de la Catedral, generando un nuevo y digno acceso al Templo Mayor.

Todos liberan la Catedral de su reja circundante, olvidando que se van a tocar con la Iglesia, como ya ha sucedido.

Entre los proyectos exhibidos cabe destacar, a pesar de su ingenua confianza en la tecnología, el de Miguel Hierro, Emanuel Ramírez y Diego Ricalde, por sus plataformas móviles capaces de adaptarse a los distintos usos posibles, que se desplazan o levantan. Es una de las pocas propuestas que no pierde la unidad visual actual, ya que no incorpora arbolado.

La propuesta de Miguel Ángel Junco, Alejandro Hernández y Daniel López quizá sea la más poética de todas las seleccionadas, donde un espejo de agua variable según las horas del día sugiere una nueva y sutil topografía —similar a la del segundo premio, pero más coherente al unir agua y curvas de nivel— entre las recorridas jacarandas del lado poniente, la retícula del pavimento que se tridimensionaliza con lámparas y un

Templo Mayor tapado en beneficio de la continuidad del plano de fachada.

Teodoro González de León propuso lo que siempre dijo que se debía hacer en el Zócalo y que casi todos secundaron: repavimentación y doble hilera de jacarandas del lado poniente y alrededor de la Catedral. Este proyecto, que quedó en tercer lugar, redibuja el

pavimento teniendo en cuenta las pautas compositivas de sus límites y las fachadas de los edificios circundantes, cerrando, además, el frente del Templo Mayor con una celosía que da continuidad tangente al plano de fachada. Un contundente trazo barroco, más obvio que

necesario, une las puertas de Catedral, Ayuntamiento y Palacio Nacional, con un cambio de pavimento.

La propuesta de Alberto Kalach, José María Buendía, Felipe Buendía, Patrio Lavalle, Adriana León y Armando Oliver quedó en segundo lugar. Sin perder la limpieza visual de la plaza, aparece todo el repertorio de jacarandas del lado poniente, leve modificación topográfica, punteado de nuevas luminarias sobre un dibujo del pavimento y acceso sumido al Templo Mayor. Se trata de una intervención mínima y exquisitamente arquitectónica desde la representación, la elección del mobiliario urbano y el diseño de los pocos elementos que se incorporan, como el puente-puerta al Templo Mayor y los espejos de agua que rememoran la anti-gua Acequia Real.

El proyecto ganador, liderado por Ernesto Betancourt y Cecilia Cortés junto con Juan Carlos Tello (con la colaboración de Patricia Aguerrebere y un grupo de estudiantes del Taller Max Cetto de la UNAM), tiene como mayor virtud la sutileza de su intervención. Está estructurado a partir de las habituales jacarandas junto a unas columnas de veinte metros, circundantes a las fachadas sur y poniente, aptas para desplegar emblemas y luminarias festivas.



Unos postes sonoros del lado nororiental acompañan el nuevo acceso sumido al Templo Mayor, en una serena composición. Un plano inclinado abocado al asta de la bandera patria y una plaza hundida separan la circulación vial de la plaza, física y visualmente.

Queda cuestionar qué sigue. Si la remodelación del Zócalo sólo queda en unos fuegos de artificio que celebren efímeras coronaciones —las elecciones presidenciales del año 2000—, o, por el contrario, que la realización del proyecto ganador conlleve la recuperación del Centro Histórico y, sobre todo, el inicio de un proceso de participación e intervención de la ciudad que tenga en cuenta su condición megalopolitana.

En cualquier caso, lejos de poder garantizar que el nuevo Zócalo mejore el maravilloso vacío urbano actual, este concurso habrá manifestado la capacidad de la arquitectura para desatar una enorme polémica ciudadana. —

— MIQUEL ADRIÀ

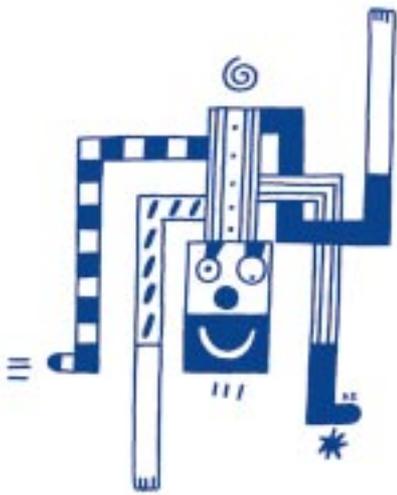
## Trön y Benigni

Las multitudes en estado de arrebato que salen de ver *La vida es bella*, película del comediante italiano Roberto Benigni, parecen haber visitado una estación paradisiaca donde la risa lo puede todo: desde burlar el implacable engranaje del universo concentracionario nazi hasta consagrar el sacrificio como una de las formas extremas de la cursilería. Benigni es un actor deplorabile, pero eso no es, ni con mucho, lo peor; también es un inmoral y un oportunista. Alguna vez fue dirigido por Jim Jarmusch y por Federico Fellini, pero su mezquina inmortalidad está y estará cifrada en el engendro sobre el Holocausto que le ha valido los *Óscares* de los comerciantes de Hollywood y que él ha propuesto a la humanidad cinéfila (lo de cinéfila es un decir), sonriente —con esa misma sonrisa de servilismo que lucía cuando le besó los zapatos en Cannes a Martin Scorsese—, nada menos que como una visión feliz del genocidio.

Con un desenfado repugnante y con

el aplauso de millones, Benigni ha llevado su chantaje a las últimas consecuencias y ha hecho descender varios grados el ya de por sí maltratado sentido estético de las generaciones finiseculares. Ha conseguido poner en las pantallas de todo el mundo lo que el mal gusto de Jerry Lewis no pudo lograr con su frustrada película *The Day the Clown Cried* (1972) —que se quedó enlatada: era demasiado desagradable aquello de un payaso en un campo de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial—, cinta en la que Benigni parece haberse “inspirado”.

Asombra que los mexicanos que aprendieron a reírse con el genial Tin Tan y el Cantinflas de las películas en blanco y negro consideren a Benigni un actor admirable. Es apenas, en sus momentos menos nauseabundos, un Clavillazo en muy mala forma. Acaso el mérito principal de *La vida es bella* sea que nos permite asomarnos al revoltijo psicológico, moral y estético que constituye lo que en otro lugar he llamado “la torrencial sensiblería” que pasa por gusto artístico en estos tiempos. Como



en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, el inquietante cuento de Borges, se está apoderando del mundo ese torrente de dimensiones planetarias que acaso termine por avasallar todos los espíritus. Uno, entonces, ya no hará caso, y seguirá revisando sus indecisas *construcciones* de la poesía gongorina. —

— DAVID HUERTA

## Pensar la ciudad

Tema favorito de la culta ciudad es “discutir” la ciudad. No hay encuentro cultural en el que “discutir, sentir, pensar o imaginar” la ciudad no sea tema tan obligado que se ha hecho predecible.

¿Pensar la ciudad? Fuera de los ámbitos urbanísticos o ingenieriles o sociológicos, *pensar* la ciudad sólo produce uno de los siguientes discursos:

1. La estadística como disparador del asombro. Ejemplo: “en lo que dura esta ponencia, en el D.F. se consumen medio millón de tlacoyos”, etc.

2. El concilio de los asustados: “Ya todo es posible, señores: ¡ayer asaltaron a mi hermana ciega!”, etc.

3. La glosa de Walter Benjamin glosando la *fourmillante cité* de Baudelaire: “En el discurso moderno del texto urbano...”, etc.

4. La entonación del íntimo bolero: “la ciudad es horrible, pero fascinante; es odiosa pero la amo”, etc.

5. La intimación de la vastedad que glosa a Efraín Huerta: “Mi alma es tan larga como Patriotismo y también está llena de lavanderías”, etc.

6. La ruta de la nostalgia libresca: “Cuenta Luis González Obregón (o don Artemio de Valle Arizpe, o Salvador Novo) que...”, etc.

7. El paseo por la avenida yo me acuerdo: “Me acuerdo de cuando el Museo de Antropología todavía estaba bajo tierra...”, etc.

8. El gusto contestatario del pastiche: “La dama de Polanco y la maría de Tultepec coinciden y conviven...”, etc.

9. La certeza de que mi colonia es escenario del meritorio culebrón personal: “Señoras y señores: *yo soy* la Colonia del Valle...”, etc.

En fin: nostalgia, lugares comunes, la apología batalladora de la intimidad ilustrada. Entre los riesgos del sentimentalismo y sus subdivisiones (la cursilería y la academia, la nostalgia y la sociología al uso, sazónada de esperanza, resignación y “ternura”), se preferiría no pensar la ciudad y ponerle un alto a quienes

viven de ese pacto sospechoso. Esta industria ameritaría una respuesta como la de Montaigne: una teja del techo bien me puede caer en la cabeza, pero no por eso le haré el honor de pensar en ella. Es obvio que a esta ciudad no la para nadie, ni la entiende, ni la abarca ni mucho menos la piensa nadie. Su vértigo voraz se traga todo y todo regurgita. No la pensemos. Dejémosle eso a los novelistas cursis que exportan identidad mexicana. Vivámosla, o murámosla, y ya. —

— GUILLERMO SHERIDAN

## La recomendación del mes

Hay un libro dormido en los estantes mexicanos, rodeado por un silencio que me apena y que no puedo adjudicar sino a la envidia. Rescatémosle de estante y de envidia pues libro es, lector amigo, que no puedes ignorar...

¿El título? Recordanzas... ¿Y el autor, dirás? René Avilés Fabila ¿Y la editorial? Aldus, México, 1996 (472 pp).

Para incitar tu curiosidad, a la manera de quien adelanta una tostadita de rico mole antes de servirlo bañando suculento pollo, selecciono al azar —pues que abundan— algunos de los momentos más altos de este nutrido volumen escrito en el más difícil de los idiomas, el idioma yo, pues, en efecto, de la autobiografía de este nacionalmente homenajeadó escritor se trata...

Tuyo,

— EDWARD TOWERS

Se escribe para huir de la realidad o para intentar transformarla. Con frecuencia insospechada, los resultados son nulos.

No llegué al comunismo por pobreza, lo hice por convencimiento.

Mi narrativa carece de metáforas porque siempre tuve el placer del lenguaje directo.

El crítico y el lector no existirían sin la obra de arte escrita.

En materia de entrevistas, realicé muchas y en otras tantas he sido interrogado.

Siempre sueño, a veces agradablemente, a veces no tanto, pero en general me encantan los sueños.

El estilo llega a convertirse en una enfermedad positiva... En otros casos, puede conducir al escritor a la angustia, a la sensación de fracaso, a la ansiedad, a la imposibilidad de alcanzar lo previsto y, por consecuencia, a la muerte.

En mi caso, existe también un estilo. Lo hago a base de frases cortas, poco uso las comas y menos el punto y coma. Recorro a los adjetivos y sin temor los utilizo en un afán de precisar todavía más lo que deseo decir. Adoro la economía verbal. Tal vez por ello mis textos han ido comprimiéndose.

Aunque fui pobre, siempre tuve una gran morbilidad social.

Nunca tuve mucha vocación por lo pornográfico. Cuando me percaté de que podía ver un espectáculo porno sin que el pulso titubeara decidí no atormentarme más con esos shows deplorables. Los últimos a los que asistí, corroboraron mi actitud.

Sé que no siempre en las novelas está presente el amor. Más todavía, a veces es un elemento innecesario. Esta aseveración podría ser comprobada con las aventuras de Sherlock Holmes. —

## Haroldo de Campos en Bellas Artes

El martes 23 de marzo a eso de las seis de la tarde me encaminé manejando mi coche rumbo al Palacio de Bellas Artes. Llegué, cosa rara, muy aprisa, y hallé cajón vacío sin



dificultad en el estacionamiento Plaza Bellas Artes (trece pesos la hora). No hay amenidad ni goce de vivir en un estacionamiento, ¿por qué serán tan lóbregos y antiestéticos? Salí a la luz, pero no me dirigí al Palacio, sino a la Librería Porrúa, que queda enfrente. Es librería de abogados y quería comprar el Código Penal del DF, no porque ande metido en líos, sino porque pocas cosas me gustan más que leer códigos: no sólo plantean problemas de formulación interesantes, de configuración de delitos, por ejemplo, sino son espejo fiel de las conductas del animalito humano, y su precisión y claridad verbal constituyen para mí un ideal estético. Así pues, adquirí el tradicional volumen amarillo (módicos veinte pesos) y contento regresé mi camino hacia el Palacio.

Ahí me esperaba la sorpresa de hallar una compacta multitud. ¿Es posible, me dije, que tanta gente venga a oír el recital poético de Haroldo de Campos?, ¿tanto ha progresado la cultura en México que ya se agolpan masas anhelantes de oír a un refinado y exquisito poeta brasileño? “La conferencia va a ser en la sala grande”, me informó un empleado, “a las ocho”. Tenía tiempo y resolví tomarme un café. Caminé meditante hacia el café: “algo no funciona aquí”, pensaba, “¿el recital en la inmensa sala grande?, no, imposible”. Entonces vi a mi viejo amigo Felipe Leal llegar muy

sonriente, como es él, caminando, y mis sospechas se redoblaron: Leal es notable arquitecto, impresor y serígrafo inventivo, pero no tiene nada que ver con Haroldo de Campos. Por su parte, él se sorprendió a su vez de verme a mí: “¿viniste a oír a Salmona?” —me preguntó—; “qué raro”. “¿A quién?”, pregunté a mi vez. “A Salmona”. “No, no sé ni quién es”, confesé. “Salmona, Salmona”, respondió con esa habla rápida suya, “el mejor arquitecto de Colombia, habla a las ocho en la sala grande”.

Y así cayó el velo del misterio. Ya decía yo que era imposible. El recital de Haroldo de Campos, Premio Octavio Paz de este año, se realizó en la sala Manuel M. Ponce, es decir, la pequeña, ante escaso público. Es una lástima, porque fue maravilla: leyeron él, y sus traductores Ulacia y Milán, deliciosamente.

Cómo pasa el tiempo, hace ya un año que en esa misma sala leyó Gonzalo Rojas, el gran poeta chileno, que recibió el mismo premio, también ante escaso, pero eso sí, ferviente público. —

— HUGO HIRIART

## Entrañable Bioy

En el restaurante La Biela, en la Recoleta, en Buenos Aires, siempre almorzaba con un bife de chorizo y una dama inolvidable. Cuando ella se levantaba él también se levantaba para esperarla y acercarle la silla y continuar la charla, inteligente, traviesa, grata. El niño bien que amaba el tenis y las coristas era ahora un fauno sosegado con un apartamento vasto y cómodo en la calle Posadas y una estancia en Pardo, rincón viejo.

Sus antepasados eran vascos y franceses pero él ahora podía pasar por la quintaesencia mejorada del porteño: fino, irónico, humano. Al recordar a su familia escribía:

Cuando mi padre murió, el 26 de agosto de 1962, sentí que tantas cosas que podían hacerme gracia ya no iba a poder comentarlas con nadie. Soy

el último Bioy. No me queda sino aburrirme y aun así, tan solo, ni vale la pena. Hablaba tanto con él. Y ahora pienso en la enorme cantidad de cosas de las que no he hablado. Uno vive tan distraído al lado de su padre.

Casado con Silvina Ocampo, una poeta excelente y una cuentista mágica, no compartía las devociones del mundo de su cuñada, la legendaria Victoria Ocampo. A Gide, Valéry, Virginia Woolf, Eliot, Tagore, Keyserling y el ilegible Waldo Frank opuso los suyos, considerando una aberración olvidar, o mejor dicho, ignorar a Wells, Shaw, Kipling, Chesterton, Georges Moore, Conrad.

En esta rebelión contra la directora de *Sur*, que divulgó generosamente la obra de ambos, lo acompañaba su amigo y cómplice, Jorge Luis Borges. La primera imagen suya que perdura es la que Emir Rodríguez Monegal atribuyó a un único escritor bifronte llamado BORGES, que amparándose en los serviciales apellidos de antepasados suyos urdió los cuentos, crónicas y enigmas policiales de H. Bustos Domec y B. Suárez Linch. Uno de ellos comienza con esta sabia dedicatoria: “A estos tres grandes olvidados: Picasso, Joyce, Le Corbusier”.

Esa labor en equipo, que comenzó con un folleto sobre bacilos búlgaros, tuvo uno de sus momentos más fecundos cuando los tres, Borges, Bioy y Silvina, publicaron en 1940 la celeberrima *Antología de la literatura fantástica* que acogía hospitalaria tanto a Petronio como a León Bloy, tanto a Chesterton como a Ramón Gómez de la Serna. A partir de allí la literatura fantástica adquirió carta de ciudadanía en el continente americano y se comenzó a configurar toda una escuela en el Río de la Plata.

En el mismo año, con prólogo de Borges, apareció *La invención de Morel*, la primera obra que Bioy consideraba verdaderamente suya, dejando atrás una copiosa prehistoria literaria que él consideraba hecha “a costa de los lectores”.

El controlado narrador científico que, en islas abandonadas, proyecta cinematográficamente los ávidos fantasmas enamorados de su deseo, podía

ser también el exacerbado y paródico co-autor de “La fiesta del monstruo” (1947), donde una manifestación peronista le permite exacerbar su prosa hasta el más grotesco de los delirios. El inventor de ficciones perfectas siempre tendrá un oído alerta para escuchar las modulaciones y dibujar las siluetas de personajes tan graciosamente locales como compasivamente universales.

La urbana compostura de Bioy se deleita al máximo con los descabros amorosos que los galanes argentinos padecen en el extranjero, va dejando atrás los artilugios científicos de sus comienzos y se entrega, intenso y a la vez travieso, a las sorpresas convincentes de elixires que otorgan poderes sobrenaturales, como sucede con el simpático taxista de *Un campeón desparejo* (1993), su última novela.

Entre una y otra, *Plan de evasión* (1945), *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969), *Dormir al sol* (1973), *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (1985), corroboran cómo la plana neutralidad de un tono cada vez más transparente oculta asombros, fantasías, eternos retornos y mundos paralelos. Los fantasmas van y vienen por sus páginas y un túnel en el Delta puede desembocar en una calle de Punta del Este, entre rudos contrabandistas y amores tan eternos como fugaces. Es un inventor nato. El cuentista por excelencia que, alusivo, reticente, enriquece la torpe brutalidad de la vida en su estúpida labor, con destellos de inteligencia y la luz de un humor afectuoso. De ahí los variados e inagotables libros de cuentos, siempre profundos, siempre risueños: *La trama celeste* (1948), *Historia prodigiosa* (1956), *El lado de la sombra* (1962), *El gran serafín* (1967), *El héroe de las mujeres* (1978), *Historias desafortunadas* (1986), *Una muñeca rusa* (1991), *Una magia modesta* (1997).

Su encantador libro de ensayos *La otra aventura* (1968), donde anota: “todo en nosotros va envejeciendo, salvo la afición por los relatos”, su *Breve diccionario del argentino exquisito* (1978), donde palabras como “desfasaje”, “fáctico” “optimizar” y “relevante” encuentran su merecido, luego de la resignada

observación en el prólogo: “El mundo atribuye sus infortunios a las conspiraciones y maquinaciones de grandes malvados. Entiendo que subestima la estupidez”, complementan esas joyas variadas, esas misceláneas que nos deleitan, al abrirlas en cualquier página:

Conozco a una muchacha generosa y valiente, siempre resuelta a sacrificarse, a perderlo todo, aun la vida, y luego a recapacitar, a recuperar parte de lo que dio con amplitud, a exaltar su ejemplo, a reprochar la flaqueza del prójimo, a cobrar el último centavo (*Guirnalda con amores*, 1959).



Y esta cita, de *Jardines ajenos* (1997), atribuida a Roger Ascham (c. 1515-1568): “Ignoro plenamente tal asunto; ni siquiera he dictado clases sobre él”. Si a esto añadimos su nostálgica *Memoria sobre la pampa y los gauchos* (1970), sus diarios de viaje y sus hermosas *Memorias* (1994), tendremos su retrato. Quizás también él hubiese preferido, como los gauchos, que su vida se contase no por libros ni por años sino por los caballos que tuvo, las muchas mujeres que amó, o los partidos de tenis que pudo haber ganado. Pero quizás por ello mismo este cabal hombre de letras no vio jamás sus páginas abaratadas por el éxito ni deformadas por los compromisos políticos. Sigue siendo un ser entrañable. —

— GUSTAVO COBO BORDA